

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---

## SECCION OFICIAL

---

**Acta de la sesión privada celebrada el día 1.º de Diciembre de 1895.**

A la hora anunciada, y bajo la presidencia de D. Alejandro Tornero de Martirena, se reunió la ACADEMIA CALASANCIA en sesión privada, con asistencia de los Sres. Andreu, Arís, Ballbé, Bellido, Boter, Bruy, Canals Arrieta, Canals Pujadas, Colomer, Conill, Estrada, Gaspar, Guinart, Marquina, Martí Bech, Mestres, Morató, Parés (J.), Parés (M.), Perdigó, Roca, Sans, Solá, Soler Forcada, Trabal, Truyet y Vallés, habiendo excusado su asistencia los Sres. Marsá y Plá.

Abierta la sesión, el señor Presidente indicó la conveniencia de dar nueva vida á nuestra querida Academia, que parece haber pasado por un corto período de prueba, debido al indiferentismo de los más. En poéticas y bien sentidas frases expuso que estaba dispuesto á hacer por su parte cuanto tienda á devolver á la Academia su pasado esplendor, y alentando á los que se consideren aptos para conseguir tan levantado fin, dijo, que era preciso nutrir con rica savia el árbol de la Academia, «descartando las ramas secas é inútiles, ó, para decirlo más claro, haciendo una selección de individuos que sean académicos sólo de nombre y no de hecho.»

Expresó que había sido preguntado por alguno de los señores socios, si se permitiría dar conferencias en catalán, á lo que accedía gustosa la Presidencia, por ver en esa idea algo que contribuirá indudablemente á la animación y mejor marcha de la Calasancia. Insiguiendo en las propias miras dijo que la Junta Directiva había nombrado un cuerpo de redacción de la Revista, formado de los siguientes señores: D. Jaime Trabal y Martorell, D. Juan Burgada y Juliá, D. José Barón Fortacín, D. Manuel M.º de Moragas, D. Miguel Barella, D. Casimiro Comas y Doménech, D. Alejandro Tornero de Martirena y el infrascrito Secretario.

Anunció el señor Presidente haber recaído el nombramiento de Académicos de Número en los señores D. José Ballbé, D. José Andreu, D. José Barón Fortacín, D. Julio Cardenal, D. Gabriel Canals, D. Sebastián García Faria, D. Juan Gaspar, D. Javier Parés, D. Manuel Parés, D. Manuel Perdigó y D. Luis Sans, y de supernumerarió á favor de D. Jesús M.º Bellido Golferichs.

Concedida la palabra á D. Casimiro Comas y Doménech para desarrollar su tema «El Derecho visigótico,» empezó diciendo cuán importante era el estudio de la historia para el exacto conocimiento de la ciencia jurídica: encomió la importancia del derecho germano sobre el romano y entró á examinar la situación jurídica de España en los últimos tiempos del imperio de Occidente. Echando una ojeada sobre los pueblos que invadieron nuestra Península dijo que los suevos fueron los quemostraron más tendencias germánicas. Aceptando la denominación de godos con preferencia á la de visigodos, dijo que estaban influidos por el elemento romano y por el cristiano, pudiéndose afirmar con respecto á los mismos, que formaron el pueblo más civilizado de aquellos tiempos.

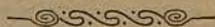
Después de breves consideraciones acerca de la nacionalidad española en aquella época, estudió el disertante la legislación de castas vigente entre los visigodos en sus Códigos fundamentales y únicos; el de Eurico para los vencedores y la *Lex romana visigotorum* para los vencidos, estableciéndose paulatinamente cierta unidad en la legislación que se manifestó de una manera definitiva en Recaredo, á pesar de diversas opiniones que la atribuyen á otros monarcas.

Fijóse en el Código de Eurico y en las controversias á que ha dado lugar su descubrimiento, pues mientras Blume, Merkel, Hinojosa, Sanchez Román y otros lo atribuyen á Recaredo I, Gaupp, Batbié y con ellos la común opinión sostiene que fué Eurico su verdadero autor, no faltando quien como Augusto Calvensi asegure que el hallazgo de los monjes de San Germán son más bien unas Decretales.

El Sr. Comas y Doménech suspendió su disertación para continuarla en la próxima sesión privada, la que es de esperar estará igualmente concurrida, dada la facilidad con que trata el señor conferenciante su tema y lo importante de éste en la esfera del Derecho.

Barcelona 2 Diciembre de 1895.

El Secretario  
ALFREDO ELÍAS.



Se pone en conocimiento de los señores académicos, que el domingo 22 de los corrientes, celebrará la Academia sesión pública en el salón de Actos del Colegio. Las invitaciones podrán recogerlas en la Secretaría.

Barcelona 2 de Diciembre de 1895.

El Presidente  
A. TORNERO DE MARTIRENA.

El Secretario  
ALFREDO ELÍAS.

## LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

*Discurso pronunciado por su autor en la ACADEMIA CALASANCIA en la solemne sesión inaugural del curso de 1895-96, el 3 de Noviembre de 1895.*

Excmo. Sr., Venerables Padres, Señores:

Es cosa muy frecuente que las circunstancias obliguen á seguir un camino distinto del que precisamente y sin contar con

ellas, se había trazado la imaginación y pretendía seguir la voluntad. Esto me ha sucedido á mí. En la última conferencia del pasado curso, traté un tema económico y pensaba desenvolver algunos más, ya que sobre ser amenos y de actualidad, ellos también han sido los menos baqueteados en Academias, peroraciones y discursos.

Jamás pensé en acudir á temas que ya tanto se han discutido, pero cuando recientemente y en virtud de desagradables sucesos que han traído agitada la opinión en Barcelona, tanto se ha clamado y tanto han pronunciado todos los labios las palabras, libertad de enseñanza, he comprendido que el tema volvía á tener actualidad.

Esto solo, sin embargo, no hubiera sido para mí motivo suficiente para tratarlo aquí esta tarde, pero tanto se ha exagerado la hermosa palabra de libertad y tanto, se ha falseado su concepto, más hermoso aún, que me decidí á tratar de ello para reivindicar su verdadera noción y para colocarla en el trono que se merece. Ya sé yo, que mi débil voz será *voce clamantis in deserto*, no para vosotros, distinguido auditorio, sino para aquellos que, ciegos y fanáticos con su idea, huyen la razón y el buen sentido; pero á lo menos, y sobre todo, dada mi insignificancia, será un grano de arena, que gozoso cual si llevase el pedestal entero, habré aportado al trono de oro en que debe sentarse la libertad verdadera, bajo el dosel de la Religión, junto á sus hermanas la razón y la justicia y rodeada de sus servidores, los pueblos religiosos, libres y cultos.

De la libertad de enseñanza vengo, pues, á hablaros, y si ante ese distinguido auditorio y en esta solemne sesión tan enaltecida por la Presidencia del dignísimo Presidente de esta Audiencia territorial y del ilustrado Director del Instituto, me atrevo á tratar ese tema es contando con el beneplácito de esos Padres, y sobre todo de nuestro Padre Director, ese sabio y esclarecido sacerdote cuyo nombre resuena en todos los oídos con la aureola del respeto y sabiduría y que con su prudencia y cariño guía nuestros pasos; y contando además con vuestra benévola atención, que espero me dispensaréis, y entonces, al que tiene el honor de levantar su voz en este recinto, le quedará la satisfacción y el bienestar moral de aquel que encuentra un eco bondadoso al hallarse perdido en las soledades de un bosque.

#### COMPRESIÓN Y EXTENSIÓN DE SU CONCEPTO

Procediendo filosóficamente y con riguroso método, lo primero que hemos de sentar es el concepto de la libertad de enseñanza, fijando su comprensión y señalando los límites de su extensión.

Cuestión á la verdad sencilla, y que, sin embargo, se com-

prende y se extiende de distinta manera, según la escuela sea más ó menos exagerada. La dominante en este punto es la que sostiene el derecho de enseñarlo y publicarlo todo, considerándolo como un derecho inviolable é imprescriptible y anterior á toda ley y á todo precepto. Sin embargo, entre ellos, como ramas desgajadas de un tronco común y que no llegan á tener vida propia, aparecen algunos que sólo quieren admitir esa ilimitada libertad para las verdades científicas y en la enseñanza de la ciencia; otros, más expansivos por una parte pero más susceptibles por otra, la admiten en toda su extensión con tal de que en este libre ejercicio á nadie se hiera, ó á lo menos no llegue á constituir injuria; quienes sólo la extienden para las cuestiones políticas; quienes la limitan para las morales, considerada la Moral bajo un punto de vista absoluto y abstracto y común y todas las creencias y á todos los ritos y á las profesiones todas. Hay, pues, diversidad de matices, pero todos tienen un fondo común, todos obedecen al mismo principio. Por esta razón, fácil nos es dar una idea de la libertad de enseñanza; distinguiendo entre la ilimitada y la limitada.

Entiéndese por libertad ilimitada de enseñanza, el derecho inviolable de publicar toda clase de ideas, lo mismo de palabra que por escrito, ora en la cátedra, ora en el libro, sin freno ni limitación de ningún género y sin sujeción á ninguna ley. Es, en cambio, libertad limitada el derecho inviolable de publicar ideas y verdades con la limitación natural de sujetarse á la ley moral y á la ley social. Deslindados, quedan, pues, los campos; palpable es la diferencia que separa á los partidarios del uno y á los partidarios del otro; la sujeción á la moral y á la ley social es la que separa á los dos bandos. Veamos ahora las

#### RAZONES ALEGADAS Y SU IMPUGNACIÓN

Los partidarios de la libertad absoluta de enseñanza alegan en primer lugar una razón que es también aplicable á la libertad absoluta de imprenta. Dicen que los males que producen los excesos de libertad se curan con la misma libertad, que son como la famosa lanza de Aquiles que curaba las mismas heridas que causaba, según la mitológica frase de Camilo Desmoulins. Si un libro propaga una idea perniciosa, otro publica una idea saludable, si en una cátedra se enseña el absurdo, en otra se predica la verdad, y esa idea saludable y esa verdad llegan á triunfar de aquella idea perniciosa y de aquel absurdo, como la verdad triunfa siempre y en todas las esferas, con la ventaja de que en esa lucha ha quedado más aquilatada y por consiguiente es más gloriosa su victoria.

La razón á primera vista parece seductora, pero es una paradoja. Ciertó y muy cierto que la verdad llega siempre á triunfar,

pero ¿cuándo alcanza ese triunfo? La contestación no la dan los partidarios de la libertad exagerada, pero nosotros, sin pecar de inmodestos, la daremos en seguida, y sin necesidad de acudir á la filosofía ni á la razón; para ello basta que abramos el gran libro de la historia de las controversias y en cualquiera de sus páginas encontraremos ejemplos que nos demostrarán que la verdad ha triunfado, pero ese triunfo ha sido á costa de sangre y de lágrimas, después de atravesar épocas calamitosas y haber padecido infortunios y desastres.

Un ejemplo palpable nos ofrecen los anabaptistas del siglo XVI; Tomás Munser, en el año 1521, empezó á publicar el comunismo; sus teorías niveladoras entusiasmaron al pueblo y por días se veían engrosar aquellas muchedumbres, que después de la peroración de su maestro, no acertaban á comprender la razón del desnivel de las fortunas, ni de la desigualdad de condiciones, y aun resonaban en el espacio los aplausos tributados á Munser por la turba delirante, cuando atronador se levantaba un grito de fuego y devastación, y aquella muchedumbre amotinada, sin poder contener sus iras por más tiempo, incendió el primer edificio que encontró al paso, para seguir su tarea de demolición y ruina, y por fin, después de incendiar, y saquear, y destruir, y demoler, y cometer toda clase de actos de barbarie por la Alemania occidental, lograron su primer triunfo, y se puso en práctica el comunismo; efímera fué la existencia de éste, ya que habiendo cesado la producción y aumentado el consumo, la ruina fué su natural consecuencia. Pero este ensayo tan breve como elocuente no convenció á Munser ni á sus secuaces; hicieron éstos grandes aprestos militares y estalló una lucha encarnizada que amenazaba acabar con la Alemania entera, pero éste cada día encontraba nuevas fuerzas y nuevos alientos hasta enseñorearse de todas las posiciones y alcanzar la victoria. Munser y sus secuaces habían sido vencidos dos veces: la primera por la paz, la razón y la experiencia; la segunda, por la lucha, la fuerza y las armas; pero, si infructuoso fué su primer ensayo comunista, inútil resultó su escarmiento por las armas. Acudieron de nuevo á la devastación, al incendio y al pillaje, y todavía por dos años siguieron las devastaciones por la Suavia, Franconia, Alsacia y parte de las riberas del Rhin; parecía que aquella muchedumbre sin freno iba á saltar las fronteras imperiales y atravesar el universo sembrando por do quiera la barbarie y la devastación, cuando un día fueron vencidos en toda la línea y la verdad pudo entrar triunfante pasando por encima de montones de cadáveres y alumbrada por las llamas de los incendios que por último esfuerzo realizaron los rebeldes.

Por fin, señores, venció la verdad; tienen razón los partidarios de la libertad absoluta. Pero, ¿cuándo alcanzó ese triunfo? Al cabo de cinco años de tremendos infortunios y encarnizadas

luchas; después de haber levantado montones de cadáveres y vertido la sangre á raudales; después de haber incendiado y aniquilado poblaciones enteras. ¿La verdad necesitaba de ese triunfo para ser aquilatada y tenida por tal? ¿No habrían podido evitarse aquellas luchas y aquellos infortunios? Ejemplo, señores, asaz elocuente para demostrarnos que los excesos de libertad no se curan con la misma libertad, ni sus males pueden compararse á las heridas de la lanza de Aquiles.

Se nos advertirá tal vez que todos aquellos infortunios y desastres pasaron en aquellos tiempos y eran hijos de aquella época en que casi todas las cuestiones eran ventiladas y decididas por la fuerza de las armas, y que hoy día, época más de discusión que de lucha, generación menos belicosa y más racional, no sucedería lo mismo; pero, señores, yo afirmo sin temor de equivocarme que sucedería otro tanto. Ejemplos muy recientes tenemos y que no son del caso mencionar, ya que su relación extendería demasiado mi conferencia, pero sabido es que entronizadas las libertades absolutas en una nación monárquica por su historia, por sus tradiciones y por sus hábitos; en una nación regida por libertades limitadas y que si tiembla ante el despotismo huye ante los excesos de la libertad desenfrenada; en una nación en cuyo pecho late con vehemencia el sentimiento religioso y en cuyas entrañas afortunadamente todavía germina el respeto al principio de autoridad; en una nación, repito, con tales circunstancias y con esa idiosincrasia, si llegasen á dominar aquellas libertades desmedidas, tremenda sería la lucha, encarnizada la pelea que se entablase.

Otra razón invocada á favor de la libertad absoluta de enseñanza, es la imposibilidad de reprimir los abusos que se cometen en su libre ejercicio, puesto que, según dicen, si se prohíbe el ataque directo á una institución ó la negación de determinadas verdades, aquélla y éstas serán atacadas indirectamente.

Esta razón, que hace muy poco honor á los que la invocan, no es convincente porque el ataque no deja de ser tal por presentarlo en forma encubierta, ni el absurdo se convierte en verdad por muchas que sean las galas con que se le quiera adornar; y en último caso esta razón se relaciona más inmediatamente con las ventajas é inconvenientes de los sistemas preventivo y represivo, cuyo análisis y crítica no he de hacer en estos momentos, puesto que ello sólo es tarea suficiente para una sesión más extensa que la de hoy.

Se defiende también la libertad absoluta de enseñanza, diciendo que es un derecho inviolable é imprescindible y anterior á toda ley á todo precepto. Para demostrar su falsedad y tenien-

do en cuenta que para enseñar antes es necesario pensar, consideremos al pensamiento interior y al manifestado.

Si atendemos al pensamiento interior resulta que no puede ser en absoluto libre, pues, para ello fuera preciso que no existiera nada anterior ni superior al hombre; si por encima de ese magnífico cielo azul hay un Dios, Creador del universo; si sobre todo el mundo visible hay una idea que permanece fija é inmóvil, y es la idea de la Moral; si sobre todas las absurdas interpretaciones y todos los desvíos de la humanidad, aparece reposada la idea de la Justicia; si existen ese Dios, esa Moral y esa Justicia, superiores y anteriores al hombre, el pensamiento de éste inferior y posterior no puede ser libre en absoluto.

Por lo tanto, para admitirlo de esta suerte hay que colocarse en el materialismo ó en el panteísmo. No refutaré ni uno ni otro sistema, pero no há lugar á la refutación. En primer lugar y afortunadamente la Religión del Estado es la Católica. Además, somos católicos por convicción y por sentimiento. La magnífica frase de Bossuet «tú varias, luego no eres la verdad» no es sólo el pensamiento de un gran hombre, sino que además es la piedra de toque para aquilatar la verdad, es un principio de convicción á cuya inflexible lógica no resiste más que la luz y la razón. Y somos además católicos, como os acaba de decir mi querido amigo el Presidente de la Academia Sr. Tornero, en los brillantes párrafos á que nos tiene acostumbrados, porque somos españoles, así amamos nuestra patria y sus gloriosas tradiciones, así veneramos las mismas imágenes que con fe singular conducían á los combates las generaciones medio-evaes; porque en el catolicismo vemos á cada momento los reflejos de gloria que iluminaron tan vivamente nuestra querida España; porque nuestras madres nos lo transmitieron con su primer beso; porque el catolicismo fué el límpido velo que cubrió nuestra cuna, porque es el último adiós que recibimos postrados en el lecho de muerte; porque la Cruz es el último emblema que adorna nuestro féretro y el custodio que acompaña nuestros restos en las soledades del sepulcro.

Hablamos, pues, con los que profesan las grandes verdades que forman nuestra creencia histórica; que invocaron la filosofía india y egipcia; conservaron las civilizaciones griega y romana; nos transmitieron las oscuridades de la Edad Media y radiantes de luz llegaron á nuestro siglo y á nuestra época.

Si como acto interior el pensamiento no puede ser libre en absoluto por más que bajo ese concepto no caiga bajo la jurisdicción de la ley, como acto exterior no puede ser libre y además esta sometido á la ley civil. Y esto es perfectamente comprensible porque de no estar sometido á la ley civil podrían enseñarse toda clase de doctrinas contrarias á la Constitución del Estado, lo cual és imposible porque el Estado como persona

moral y al igual que la persona física tiene, no sólo el derecho, sino el deber de conservación.

Por fin, si la libertad de enseñanza fuera un derecho inviolable, el hombre no sería responsable de los abusos que cometiera en el ejercicio de ese derecho inviolable; pero, señores, si el hombre no fuera responsable tampoco sería libre y entonces caemos de lleno en el fatalismo. Nos replican, sin embargo, que el hombre es libre, pero que en el ejercicio de esta facultad no es responsable. Contradicción palpable. Las ideas de libertad y responsabilidad son correlativas, y en cualquiera de las esferas en que se admita la libertad, nace como consecuencia la responsabilidad. Además, este absurdo sistema, apologista de la libertad, entroniza el absolutismo; y en efecto, el profesor levantando su voz en la cátedra y el escritor vertiendo sus ideas en las páginas del libro, se convierten en absolutistas, ya que pueden enseñar y escribir contra todo y contra todos, y contra ellos nadie puede levantar la voz, contra ellos es inútil toda medida preventiva ó represiva; á favor de ellos están los derechos, en favor de la sociedad que los sostiene todos los deberes.

#### LA IGLESIA NO ES ENEMIGA DE LA LIBERTAD

El Catolicismo no es hostil á las libertades. Respecto á la libertad política le es indiferente la forma de gobierno. Es más: prefiere la República más libre á la Monarquía más absoluta, si en aquélla hay ideas religiosas, buenas costumbres, respeto al principio de autoridad, si reina el orden y domina la justicia, y en ésta prepondera el ateísmo, la irreligión y la inmoralidad. Respecto á la libertad civil por el Evangelio fué introducida y en todos tiempos la proclamó la Iglesia. Pero hay una libertad que rechaza, libertad que sólo tiene el nombre de tal, que es libertad para todo lo malo y absolutismo para todo lo bueno; libertad sin límites y que en la política interior es el desenfreno y la anarquía, y en la política exterior la conquista, el despojo y el exterminio, y en Religión es la negación de todas y la soberanía de todos, y en sociabilidad el derecho á la revolución para destruir las sociedades mejor constituidas, y en Metafísica, la negación de todo lo sobrenatural y no perceptible y esa es la libertad que la Iglesia y nosotros rechazamos.

Huímos de los dos extremos: defendemos la libertad y somos los apologistas de la libertad moral, intelectual, civil y política con sus justos límites. Tanto dañan á la libertad los que negaron su hermoso concepto, como dañan á la Religión los que, ignorantes y fanáticos, pretenden que ésta es incompatible con aquélla. Los que á esto aspiran desconocen la historia de la humanidad, la historia de la Iglesia y las necesidades de los tiempos en que vivimos. Volver al oscurantismo, anhelar regímenes despó-

ticos ya desacreditados, pretender que en pleno siglo XIX nada se discuta, es temeridad, fanatismo ó ignorancia. Precisamente en ningún país como en España el absolutismo dejó tan perniciosas huellas: los reinados de Carlos II y Carlos IV son periodos tristes de nuestra historia; las aristocracias han demostrado que no pueden contrapesar el poder real y que se convierten en cortesanos y palaciegos que adulan á los Monarcas y envilecen los pueblos. Si las libertades exageradas y absolutas conducen á la anarquía, los despotismos conducen á la humillación, según frase del Sr. Figueroa. Por eso defendemos las libertades limitadas y esas amparadas y hermanadas con la Religión.

EL CATOLICISMO Y LA LIBERTAD LIMITADA NO DETIENEN LOS  
ADELANTOS DE LA CIENCIA

Dicen nuestros adversarios que el Catolicismo y la libertad limitada detienen el adelanto de la ciencia. Fúndanse para ello en la sumisión que el primero impone en materias de fe y en la prohibición que establece la segunda de publicar toda clase de doctrinas. Ciertó que con un sistema excesivamente preventivo se podría perjudicar en parte el adelanto de la ciencia, pero ese sistema, acabamos de decir, que ni la Iglesia lo proclama, ni nosotros lo admitimos. Hemos expuesto nuestras doctrinas de la libertad limitada en armonía con el Catolicismo, y con este sistema no se detienen los adelantos de la ciencia. Pero antes de demostrarlo ocupémonos brevemente de Giordano Bruno y Galileo, esas dos fantasmas históricas, según los califica un conocido escritor, y de cuya existencia se pretendé deducir que la Iglesia es enemiga de los adelantos de la ciencia.

Giordano Bruno nació en Nola, Nápoles, en el siglo XVI, profesando como fraile dominico. Ciertas dudas y juicios que emitió en materias religiosas, le hicieron abandonar la Italia y se refugió en Ginebra; su carácter violento fué causa de sus disputas y rompimiento con Calvino, estableciéndose en París, y preso, por fin, por la Inquisición de Verona, fué quemado vivo por violación de los votos religiosos. Señores, yo no encuentro el menor motivo para inferir de aquí que el Catolicismo y la libertad limitada detengan la libertad de la ciencia. Bruno nada inventó ni descubrió, y si fué quemado vivo fué como violador de sus votos. Ciertó que tremendo fué el castigo, pero éste era un mal de aquella época, ya que la Inquisición no era la única que condenaba al fuego, puesto que Calvino también encendió hogueras, muchas veces con menores motivos. Y aún en nuestros mismos tiempos, aún hoy día, la mayor parte de esos visionarios que al dar vivas á la libertad profieren mueras contra los que no piensan como ellos, si no queman á sus adversarios es porque no disponen de los medios que entonces se disponía, ni están

encendidas las hogueras, que atropellar al que se oponga á sus fines, como hoy día hacen, es acudir á un medio tan violento, como condenar á fuego lento en aquellos tiempos.

Con otro carácter se nos presenta el caso de Galileo. Nacido en Pisa, en edad ya madura, adoptó el sistema de Copérnico, que afirma que nuestro planeta gira alrededor del sol, en contra de lo que sostenía el de Tolomeo, dominante en aquella época. En defensa del sistema que adoptó, sostuvo varias discusiones y sus enemigos lo delataron y presentaron á la Inquisición. Con tranquilidad de espíritu compareció ante este Tribunal, sin que posteriormente fuese encarcelado, como algunos han pretendido, ya que por autógrafos del mismo Galileo consta que primero estuvo relegado en el magnífico palacio de la Trinidad de los Montes, en Roma, después en Siena con el Arzobispo Piccolomini, su amigo íntimo, y por fin, se le permitió ir á su hermosa casa de campo de Arcetri, que, sobreviviendo á todas las generaciones, había de ser inmortalizada.

Seguramente que el Santo Oficio se mostró inflexible con Galileo y ese proceder hoy día nos extraña, pero para juzgar un hecho, es preciso vivir en la época en que se realizó, y si con la imaginación nos remontamos á los tiempos de Galileo y nos posesionamos de sus costumbres y del modo de ser, pensar y obrar de su siglo, ciertamente que no nos maravilla. Además, hemos de tener presente el considerable número de enemigos que se había creado Galileo, debido en gran parte al desprecio y á la sorna con que trataba á sus adversarios en sus discusiones. Además, la Iglesia condenaba las afirmaciones de Galileo considerándolas como tesis, jamás las condenó considerándolas como hipótesis; y bajo aquel concepto no es extraña la condena, ya que ni científica ni evidentemente se probaban aquellas afirmaciones. Y en este sentido, la Iglesia no retrasó el adelanto de las ciencias, puesto que permitía defender la tesis de Galileo, considerándola como hipótesis y bastaba esa permisión y esa tolerancia para no retrasar los adelantos científicos, ya que los estudios que se verificaban para las discusiones abrían nuevos campos á la ciencia.

Entrando ahora de lleno en nuestra proposición, veamos cómo la Filosofía y la Historia nos demuestran que el Catolicismo y la libertad limitada no detienen los adelantos científicos.

*Demostración filosófica:* la inteligencia humana es limitada: no puede conocer más que por la observación y sólo puede conocer las verdades del mundo finito, y aún en esta esfera vacila y ni comprende ni se explica multitud de fenómenos. Ahora bien: reducida la inteligencia á estos sus naturales límites, el Catolicismo no retrasa la ciencia; pero es que la inteligencia rehuye sus límites, desea volar en busca de lo desconocido y posesionarse de las ideas incomprensibles para ella, en su afán insacia-

ble pretende escalar y comprender el infinito, y al llegar á estas elevadas regiones, la inteligencia, débil pajarillo de alas delicadas, pierde el aliento, languidece y se estrella. El infinito sólo puede explicarle la Revelación. Y en efecto: el hombre, la sociedad, el mundo entero, todo varía y es contingente, luego no puede comprender ni fundarse en esa variabilidad, lo invariable y eterno. Y la experiencia viene en nuestro apoyo. Innumerables los sistemas que pretenden escalar y comprender el infinito, todos hánse sujetado á la Revelación, exceptuando á dos, el materialismo y el panteísmo, y esas dos excepciones precisamente nos demuestran la necesidad de la Revelación para comprender el infinito. El materialismo, después de profundas investigaciones y desesperado por no encontrar á Dios en la materia, niega su existencia. El panteísmo, después de buscar á Dios en todas partes y no encontrarlo en ninguna, alucinado con su idea lo confunde todo con Dios. Si, pues, la inteligencia humana no puede comprender lo infinito y su única esfera de acción es lo finito, es evidente que en éste la sumisión que impone la Iglesia y la prohibición que establece la libertad limitada no detienen los adelantos de la ciencia.

Pero es que nosotros vamos más allá y extendiendo el concepto, afirmamos que esa sujección, no sólo no detiene, sino que es un bien para la ciencia. Esta es variable: es evidente que la de hoy no es la de ayer, ni la de hoy será la de mañana. Si se trata del origen del hombre, ora está en boga el transformismo, ora la teoría de la generación espontánea. Si se trata de su destino, quienes lo ven realizado en la soledad del sepulcro, quienes lo contemplan atravesando mundos desconocidos en la que va perfeccionándose hasta llegar al colmo de la perfección, y confundirse con Dios, según la teoría de Fourier. La ciencia, pues: es variable, y hay momentos en que vacila y se desespera y no encuentra ni un báculo en que apoyarse; pues si la ciencia es creyente, tiene ya principios fijos en que descansar, cimientos en que asentarse y esa base es un bien para los adelantos.

Que la inteligencia no lo comprende es muy cierto, mas no por eso debe negarse, que aunque sea lo más cómodo no es lo más lógico. El infinito nunca lo comprenderá la inteligencia por la razón de que ella es finita. En las matemáticas al llegar al cálculo infinitesimal la inteligencia se pierde, y, sin embargo, fundándose en algunas nociones de los límites que nadie ha puesto en claro, hace aplicaciones ciertas, y éstas demuestran que también es cierto aquél, aunque la inteligencia no lo comprenda.

*Demostración histórica:* La historia nos demuestra lo mismo, y precisamente en las épocas de mayor sumisión á los principios proclamados por la fe, ha habido mayor adelanto. En la noche de la inteligencia, en la Edad Media, reinaba la ignorancia; desde

el siglo v al siglo xvi prepondera la rudeza, y, sin embargo, en esta época, merced al Catolicismo, progresaron las ciencias y se prepararon grandes adelantos; á ello contribuyeron las Cruzadas, comunicando el Oriente con el Occidente, y las Cruzadas son también fruto del Catolicismo. La Iglesia, nos dice Guisot en su *Historia de la civilización europea*, es una sociedad que se transforma y adelanta, es una sociedad progresiva. A fines de la misma Edad estaban cundiendo los adelantos y existía ya el germen de todos los descubrimientos y al llegar al siglo xvi la Iglesia los entregó al universo, y acumulados ya en aquella época todos los elementos de ciencia y civilización, natural era que surtiesen sus efectos, como los produjeron en la fecunda edad moderna, y á la Iglesia son debidos todos los adelantos nacidos en la Edad Media, en la época de mayor sumisión á las verdades de la fe.

Señores, aunque con premura de tiempo en razón á la importancia del tema he desenvuelto el concepto de libertad de enseñanza, y en cuanto mi inteligencia me ha permitido, he procurado poner de manifiesto la armonía entre la Fe, la Ciencia y la Libertad. España, señores, hasta ahora y exceptuando breves intervalos, ha hecho lo posible para mantenerse fiel á sus tradiciones y hermanarlas con la libertad y los adelantos; que nuestra querida patria no retroceda en el camino de gloria que se le presenta; que convencida de las grandes verdades que profesa y las hermosas cualidades que la adornan, siga su marcha progresiva en cumplimiento de su misión; y España presentará al mundo entero el más grande ejemplo de talento y de cultura que puede ofrecer una Nación y entonces contemplaremos dichosos á la verdadera libertad levantando triunfante el estandarte de la ciencia iluminado por la potente luz de la Religión.—HE DICHO.

MANUEL M.<sup>a</sup> MORAGAS.

---

## LA CAPILLA RUSA

---

En tres locales se ha constituido para dar á conocer á los barceloneses los primores de su arte, eminentemente simpático y hasta fascinador en sus procedimientos. El escenario del teatro Lírico oyó por vez primera aquel coro armonioso é intachable, y las buenas condiciones acústicas del local no se encontraban á faltar como en otros espectáculos que allí se han celebrado. La elegancia del *marco*, del *medio ambiente*, los primores del decorado con sus tonos pálidos y sus líneas esbeltas armonizaban perfectamente con la ejecución de los solistas y las voces de conjunto, siempre atildadas, gimiendo á la sordina, blandamente

como los cantos de amor que entonaban; armonizaba con el empaque sin afectación y la natural seriedad de los rusos, con su aire distinguido y original, de una inmovilidad atractiva, de una frialdad, si bien innata en ellos, aumentada por la manera ó el estilo especial del canto ruso; armonizaba con el contraste que ofrecía esa misma frialdad y la risueña expresión de las encantadoras Inna y Margarita al levantarse á entonar los amorosos cantos de sus populares regiones, *piano pianísimo* y dulcemente, trasluciendo el amor puro que llenaba su corazón por su rostro lleno de gracia, á las que contestaba el coro como el eco lejano de sus artísticas lamentaciones, oídas apenas por el público de las galerías.

Después el Principal. Bajo las bóvedas de este teatro adquiría la Capilla Rusa un aspecto grandioso, en consonancia con la arquitectura del recinto. La figura del maestro director Slavianski aparecía hermosa, completa, respetuosa y hasta sublime: su batuta juntaba una por una y á la vez todas las voces que se elevaban armónicas, sin faltar en lo más ínfimo, hasta subyugar el gusto musical más refinado de los espectadores. La combinación más refinada de la pintura plástica daría tal vez una idea de lo abigarrado y artístico de aquel conjunto, pero pálidamente. Aquel hombre de luengas barbas, de aspecto de patriarca ó de jefe de una tribu culta, era el único á quien le estaba permitido todo movimiento á fin de hallar en la aparente inmovilidad de los demás el toque más acertado de la vibración musical que los oyentes esperaban; y al penetrar en los oídos de éstos las tranquilas y dulces y al par patéticas lamentaciones de aquellos extranjeros, por extraño misterio, sólo comprensible en la mente de Slavianski, se operaba en las ondas aéreas un fenómeno de sublimidad tal, que las manos saltaban á aplaudir con estrépito y el corazón volvía á percibir sus latidos normales después de la opresión que le hubo producido su arrobamiento.

Y el Ateneo para fin de fiesta. Allí es donde adquirió ésta sus caracteres de intimidad y su verdadera fase de manifestación artístico-científica. Los socios del Ateneo sentíanse ligados con los individuos de la Capilla Rusa con un doble vínculo. Fué á dar allí la señora de su director una conferencia que versó sobre el origen y desenvolvimiento histórico de la música slava. La disertante era erudita y sus oyentes lo eran también; y al explicar ella con su dicción elegante y expresiva las causas y objeto del canto nacional, su origen, la formación de las baladas, el proceso de la música rusa en el siglo x, la influencia de la superstición pagana en la misma, y al analizar, en fin, la presión que en ella ejercieron muchos otros cantos, admirábanse los ateneístas de aquel comedimiento, seguridad y agradable estilo que brillaban en el discurso de la Sra. Olga Slavianski d'Agrenoff, formando sus inteligencias un vínculo común con la que tan bien discurría en las

regiones del saber teórico, que se manifestaba en aplausos y sonrisas.

El otro vínculo... fué más íntimo si cabe: fué el vínculo que se mantuvo más candente en toda la velada, desde el empezar, cuando no se conocían aún los méritos de Mad. Olga como conferenciante, hasta que se retiró el último individuo del salón; al penetrar el coro en el mismo le saludó el *Orfeo catalá* con el himno ruso, y después de haberse visto enlazadas toda la noche en la testera las dos banderas, y terminada la serie de piezas musicales que sirvieron de ejemplos prácticos á las disquisiciones de la Sra. Slavianski, la Capilla Rusa entonó nuestra marcha real y la Srta. Inna primero y Margarita después, cantaron las canciones populares catalanas tan típicas y conocidas hasta en los más apartados lugares de nuestra patria; y después de entusiastas vivas por ambas partes y aclamaciones de fraternal regocijo, y cuando despejándose muy penosamente las salas del Ateneo se iban el inteligente auditorio y los simpáticos rusos esparciendo por la calle hacia su retiro ¡con qué júbilo repetían todos los labios los motivos más salientes del original coro, mezclados con los versos dichos tan hermosamente por la ideal Inna.

Lo mestre que m' ensenya  
s' ha enamorad de mí:  
m' en diu: no 't fassis monja  
que 't casarás ab mí!

ALFREDO ELÍAS.

17 Octubre.

## ODA

### EN LOOR DE LAS ESCUELAS PÍAS

Ella le saldrá al encuentro, como Madre henrada.  
*Eccli. XV, 2.*

A la que el nimbo de la Fe sagrado  
Corona, viste la Piedad, y nutre  
Maná de Amor, de Calasanz hermosa  
Hija, yo canto.  
Canto á la noble, celestial Matrona,  
Madre fecunda de gloriosos hijos:  
Tú, dulce coro de Querubes, dale  
Plectro al poeta.  
Calle el murmurio del arroyo; callen  
Los grandes astros, que al Eterno cantan;  
Oigan las gentes y los pueblos; oiga,  
Plácido, el orbe.

Noche de negra corrupción, ceñida  
De errores turbios, y asquerosos vicios,  
Cual torbellino, á juventud muy tierna,  
Hosca envolvía.

¡Ay! el Candor desapareció gimiendo,  
Ruto azotando el huracán al niño;  
Verdad, Virtud, en el destierro, daban  
Tristes lamentos.

¿A quién el pobre llamará patrono?  
Huérfanos, ¿dónde encontraréis un padre?  
Ya moribundo, demandaba en vano  
Pan el pequeño.

Mira á los tuyos, buen Jesús, pues te aman;  
Brama tremenda tempestad, y crece;  
Si tú no acorres, y los vientos domas,  
Caen vencidos.

Rompe ya, oh Musa, del dolor las cuerdas;  
¡Victor! las palmas agitada, oh niños;  
Amor enseñe á juventud honesta  
Danzas acordes.

Baja del cielo la inmortal María,  
Y de oro esplende su gentil corona;  
Calasancianas, fulgurantes piedras  
Ornan su frente.

Delante va la rutilante Joven  
Que siempre castos Serafines aman;  
Con ella va la que al saber preside,  
Noble Doncella.

¡Ved al caudillo Calasanz, ilustre!  
Al Enviado, á quien venera el mundo.  
Grandes varones van en pos: ¿me engaña  
Numen insano?

Ver me parece á Pirrotti, hermoso  
Con su corona de radiante lumbre;  
Y á tí, Glicerio, que del Angel bebes  
La melodía.

¡Mirad! Casanni y Otonelli el pío,  
Cintos de gloria, modulando llegan;  
Y á tí, Vicente, veo allí, cercado  
De altos honores.

Llega del cielo, de Piedad la corte,  
Guía y escudo de preciosos niños;  
Y el enemigo de esta turba, al punto,  
Cae rugiendo.

Vimos al cielo redoblar aplausos;  
Vimos al fiero Satanás, moviendo  
A todo el erbe, y los profundos antros,  
Dando bramidos.

Brilla de nuevo la Piedad, y al joven  
Le abrasa el pecho; y el Candor revive,  
Y sigue amando á la niñez, tan dulce,  
Hable ó sonría.

Guiando tú de Calasanz Escuela,  
 Anda seguro, por ignotas playas,  
 El niño; y fija el calcular,—con orden,—  
                   Artes y letras.  
 Te llama el pueblo, que te quiere amiga;  
 Mansas las ondas de la mar te llevan,  
 Para que abrases, con la fe de Cristo,  
                   Climas remotos.  
 El mismo Dios tu caridad regala,  
 Con el rocío de Piedad y Letras;  
 Humilde á tí del altanero mundo  
                   Gravan los dones.  
 ¡Luz de los niños! de los niños rige  
 Los pechos, mientras, en ardiente carro,  
 Se siente el Sol, y, arrebatado, lentos  
                   Siglos prolongue.

Por la traducción,

HERMENEGILDO TORRES, DE LA V. DEL CARMEN.

ESCOLAPIO DE LA PROVINCIA DE VALENCIA.

## ESTUDIO CRÍTICO DEL «QUIJOTE»

### MÉRITO DE LA NARRACIÓN

La acción con sus personajes y episodios es la materia de la fábula, y la narración es su forma. Aunque su autor tenga excelente ingenio y fecunda imaginación para inventar una acción y crear las personas más conformes y propias de ella, no podrá hacer una obra perfecta, si no está dotado del juicio y tino precisos para expresar sobre el lienzo cada parte en su correspondiente lugar y cada figura en la actitud y término que le compete, colocándolas de modo que resulte de su recíproca unión un todo agradablemente dispuesto y variado. Este es el objeto de la narración que, por tanto, debe considerarse como la parte más esencial de cualquier fábula y la que más contribuye á su perfección.

Para lograrla es indispensable que el título sea propio y sacado del asunto, que su narración principie proponiéndola con llaneza y brevedad, é igualmente para hacerla más verosímil y admirable, suponga el autor que está inspirado por una deidad y solicite su auxilio invocándola. Estas circunstancias son unos preliminares de la narración á que los humanistas llaman partes de cantidad de fábula.

Homero tomó el título de sus poemas del lugar de la acción ó del nombre de Héroe y limitó la proposición é invocación de la Iliada á un solo verso, de suerte que en la propiedad del titu-

lo todos le han imitado, y en la sencilla brevedad de la proposición é invocación nadie le ha igualado.

Cervantes dió á su fábula el nombre del Héroe, intitulado: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y aunque en la mayor parte de las ediciones han puesto por título: Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, ha sido equivocación ó descuido de los editores.

La facilidad y llaneza de su proposición es correspondiente al asunto, pues si en las fábulas heroicas ha de ser sencilla, para que el primer arranque del autor no desluzca el resto de la obra, con mucha más razon debe observarse esta regla en las fábulas populares.

En ellas sería defectuosa la proposición si fuese tan concisa y breve como en las épicas. El Héroe de éstas es tan famoso y conocido por la Historia ó la Mitología, que con indicar su acción basta para que el lector forme una idea clara del asunto de la fábula. Al contrario, el Héroe fingido y la imaginaria acción de una fábula burlesca precisan á que el autor principie manifestando á los lectores las principales circunstancias de la empresa y del actor, á fin de que tengan el conocimiento indispensable para leer la obra con gusto y con inteligencia. Cervantes lo practicó así en el *Quijote*, exponiendo en el primer capítulo, concisamente y sin ninguna superfluidad, el carácter del Héroe y las causas de su acción.

De esta diferencia que hay entre las fábulas heroicas y burlescas, procede que la invocación, que no es precisa en éstas, sea necesaria en aquéllas. En la acción de un Héroe intervienen causas sobrenaturales, cuyo proceder es oculto y misterioso, y por esto Homero no podía saber sin la inspiración de las musas, las determinaciones de los Dioses respecto á la cólera de Aquiles ó á la peregrinación de Ulises; pero los sucesos naturales y ordinarios del *Quijote* no necesitaban para saberse el auxilio de estas deidades. Cervantes conmutó discretamente la invocación en el recurso á Cide Hamete Benengeli, quien como árabe y manchego debía saber al por menor las particularidades de la locura de Don Quijote, lo que hace verosímil la fábula y al mismo tiempo indica el origen de nuestras historias caballerescas, como advirtió Pedro Daniel Huet.

La reflexión de este sabio acredita el acierto con que Miguel Cervantes compensó la invocación principal en el *Quijote* con otra circunstancia más oportuna y propia de su objeto. Pero como las invocaciones no tienen lugar sólo en el principio de la fábula, sino también siempre que conviene dar crédito y autoridad á las cosas extraordinarias ú ocultas que se refieren en ella, Cervantes la usó antes de la narración de los singulares sucesos del gobierno de Sancho, al modo que Homero recurre á las mu-

sas para hacer el catálogo ó enumeración de las naves que los Príncipes griegos llevaron al sitio de Troya.

A estas partes precedentes á la narración de las fábulas heroicas añadió Cervantes en la suya el prólogo, que debe reputarse como parte precisa de su cantidad, destinada á dar á conocer previamente á los lectores el fin del autor, para que desde luego entren á leer la obra con esta inteligencia. El personaje destinado en el teatro antiguo para informar al auditorio del asunto de la comedia antes de principiaria, justificaria plenamente el prólogo de Cervantes si la razón necesitara valerse del apoyo de la autoridad.

Esta es una de las máximas que establece en el expresado prólogo, el cual es uno de los más discretos que se han escrito, y todos los sabios reconocen en él el ingenio, juicio y buen gusto del autor de *D. Quijote*. Fontenelle, Crousaz á quien se disfrazó bajo el nombre de Matanasio, tradujo en francés este prólogo que habian omitido los traductores del *Quijote*, y lo dedicó al autor de la *Historia crítica de la república literaria* para confundir su afectación, manifestándole en el proceder de Cervantes el retrato de un verdadero sabio que *desprecia los prefacios, se burla de los panegíricos, ridiculiza las citas y se ríe de las notas marginales, comentarios y anotaciones con que los que quieren parecer literatos acostumbran adornar sus escritos, disfrazando con tan extraños afeites la razón en traje de cortesana.*

No necesitó de nada de esto Cervantes para unir en la narración del *Quijote* todas las cualidades que podian perfeccionarla. La hermosura consiste en el orden y regularidad con que deben proporcionarse los sucesos raros y maravillosos, de suerte que estén variados discretamente y encadenados de modo que su enlace parezca natural y no efecto del arte. Lo común y ordinario de los sucesos verdaderos, dice Bacon de Verulanio, y la seguida uniformidad con que la historia los presenta, estomaga y fastidia al entendimiento humano; en la fábula, por el contrario, se recrea y explaya gozando de un espectáculo nuevo, inesperado y singular por la variedad de sus mutaciones.

De aquí se sigue que la narración ha de ser dramática, pues así como el historiador refiere, el fabulista imita, y por tanto no debe hablar en nombre propio sino en el de los interlocutores, para variar y animar la narración.

La dulzura de ésta consiste en la moción de los afectos, la cual gana la voluntad al modo que su hermosura agrada al entendimiento.

Los críticos distinguen dos especies de orden en la narración, uno natural que comienza por el principio, al que siguen el medio y el fin, y otro artificial en el cual el medio está colocado antes del principio. Conforme á esta división, es artificial la narración en la Odisea y natural en la Iliada. Cervantes eligió con

mucha propiedad el orden natural en el *Quijote* como más acomodado á su asunto llano y popular.

Con este orden dirige todos los acontecimientos de la fábula, y todas las acciones y discursos de los que intervienen en la obra, al punto preciso de su objeto, preparando de antemano los sucesos con la mayor naturalidad, variando las pinturas y situaciones con singular destreza, aumentando sucesivamente el interés del lector de aventura en aventura y dejándole siempre columbrar desde lejos otras más agradables para incitar su curiosidad y llevarle insensiblemente hasta el fin de la obra.

Muchas de las observaciones que se han hecho sobre los episodios y personajes del *Quijote*, manifiestan que aun aquellos acontecimientos que parecen opuestos ó indiferentes á la acción, están ordenados de suerte que influyen en su continuación. Los medios de que se valió el Cura para reducir á D. Quijote, fueron los que contribuyeron más oportunamente al aumento de su locura con la misma medicina que se intentaba remediarla. La condición que puso Cardenio al principio de su historia, de que no le interrumpiesen, parece á primera vista indiferente á la acción y es la que enlaza con ella este episodio y le hace servir de medio para continuarlo. Lo propio sucede con el hecho de haber estorbado el Cura la ida de Sancho al Toboso para entregar aquella graciosa carta á Dulcinea, el cual es origen de su transformación y encanto y de todos los sucesos que resultan de él. La bajada á la cueva, la entrada en casa de los Duques y la mayor parte de las aventuras concurren igualmente á la prosecución de la acción. Hasta los sobrenombres atribuidos á D. Quijote le dan un aire caballeresco muy á propósito para confirmarle en su locura, principalmente el del *Caballero de los leones*; epíteto arrogante y sonoro, con el cual le parecía que llevaba un sobreescrito recomendable para dar á conocer su valor, y por esto Cervantes le hizo ganar este título poco antes del encuentro con la Duquesa para que se valiese de él al tiempo de presentarse á esta señora.

Las aventuras que tienen particular relación con el carácter del Protagonista, ó con su acción, están preparadas con tal arte, que es necesario observarle atentamente para descubrirle, arte que se descubre hasta en los más mínimos detalles.

Observando por ejemplo, detenidamente el yelmo de Mambrino, se ve el ingenio y arte de Cervantes, para ridiculizar á su héroe. Cualquiera que lea esta aventura y contemple á Don Quijote, cubierta la cabeza con una bacía de barbero, conocerá fácilmente el ingenio del autor; pero no todos penetrarán de primera intención en el arte con que fué preparado este suceso desde el principio de la obra.

Las armas que tenía Don Quijote, á más de ser viejas, tomadas de orín y llenas de moho, estaban sin celada de encaje, por

lo que era preciso buscar medio para completarlas. Primero fabricó con cartones una media celada, que desbaratada al primer golpe, le precisó rehacerla y fortificarla con unas barras de hierro; después se rompió segunda vez en la batalla del Vizcaíno, quedando de resultas herido y desarmado Don Quijote, el cual, indignado juró no sosegar hasta adquirir á fuerza de armas el yelmo de Mambrino ú otro de igual temple, á lo que contribuyó también Sancho representándole, que sus desgracias procedían de no haber cumplido aquel formidable juramento. Todas estas circunstancias hacen precisa, oportuna y muy graciosa la aventura de la bacía, que se le figuró á Don Quijote yelmo de Mambrino; y porque fuese más verosímil, previno igualmente Cervantes la causa porque relumbraba, el motivo de llevarla el barbero sobre la cabeza y la ocasión con que éste pasaba por aquel sitio; de suerte que la aventura de este yelmo fraguado en la imaginación de Cervantes, recuerda la máquina de Homero y es mucho más natural que la de Virgilio.

El desenlace de la acción está preparado también desde antes de la tercera salida de Don Quijote con la introducción del Bachiller Sansón Carrasco, que es uno de los principales y más bien imaginados personajes de la obra. Su intervención la dispuso Cervantes, de modo que hace verosímil el enredo y natural el éxito ó solución. El ama se vale de él para que estorbe con sus consejos la salida de Don Quijote, y él lo promete así, y lo hace al revés, alentándole á que salga, y ofreciéndose á servirle de escudero. El lector no extrañe esta mudanza, cuando sabe que tiene intención de valerse de otro medio para curar á Don Quijote, y con esta idea sigue la fábula, deseando ver qué medio será el que pondrá en práctica para el logro de su intento; pero queda suspenso y absorto cuando al fin reconoce en el *Caballero de los Espejos* al mismo Bachiller, que, esperando curar á Don Quijote venciéndole, contribuyó al aumento de su manía quedando vencido. Esta catástrofe y el disimulo con que oculta su intención desde el principio, concluyen con la indeterminación de Sancho, estimulan la locura de Don Quijote, entretienen la curiosidad de los lectores con los nuevos coloquios de los dos caballeros y escuderos y hacen verosímil la prosecución de la acción al mismo tiempo que preparan su desenlace.

Si Sansón Carrasco llega á vencer á D. Quijote como pretendía ó disuadirle de su salida, según deseos del ama, se hubiera concluido ó cortado la acción fuera de tiempo. Las persuasiones de este personaje y su vencimiento fueron causa de que continuase, y dieron motivo para que, él mismo, incitado después con el mensaje que la Duquesa envió á la mujer de Sancho, volviese más prevenido y con mayor precaución á buscar á Don Quijote y le venciese, dando de este modo un desenlace natural á la acción.—A. TORNERO DE MARTIRENA.

[Continuará].

## DOS MADRES

## I

—Madre mía, un hijo tengo,  
y la patria me lo pide;  
tú, que has sido madre, mide  
la lucha que aquí sostengo,  
Cuando á entregarle me avengo  
el corazón se rebela;  
quiero decir: «marcha, vuela,  
ya que el honor lo reclama:»  
y del patrio ardor la llama  
entre mis labios se hiela.

—No vaciles, hija mía:  
déjalo á Cuba partir,  
y su incierto porvenir  
á mis cuidados confía.  
Que es muy grande tu agonía  
lo sé; pero... no avalores,  
postrada aquí, tus dolores:  
mira tu suerte y mi suerte;  
yo entregué por ti á la muerte  
el Hijo de mis amores.

## II

—Ya partió, Virgen querida.  
¡Cuánto lloré en la estación!  
Ellos... inmensa ovación  
tuvieron por despedida.  
De la patria agradecida  
el amor les acompaña;  
mas tan dura es la campaña  
que allí habrán de soportar,  
que, más que yo, ha de llorar  
por ellos la madre España.

—¡España!... Tierra bendita,  
rico emporio de la fe,  
pueblo que yo visité  
y alenté con mi visita.  
Cuando amparo necesita,  
vuelve sus ojos á mí;  
y aquí vinieron, aquí  
mi santo Pilar besaron  
cuantos á Cuba marcharon,  
cuantos luchan hoy allí.

Zaragoza.

## III

—¡Qué nuevas suelen llegar!  
Dicen que arrecia la guerra,  
que no hay un palmo de tierra  
sin peligros que salvar.  
Que, más certero en matar  
que el insurrecto traidor,  
aquel clima abrasador  
engendra fiebres mortales;  
que están ya los hospitales  
hartos de tanto dolor.

—¡Angustia de madre, herida  
en medio del corazón!  
¡Zozobra cruel! ¡Desazón  
que no hay consuelo que impida!  
Hija del alma; la vida  
es hoy incierta batalla  
para ti... ¿Volverá?... Acalla  
la duda que tu alma siente;  
lleva tu beso en la frente,  
y en el pecho mi medalla.

## IV

—¡Triunfó España!... Vencedores  
sus hijos volvieron ya,  
y aquí el mío, Madre, está  
prendado de tus favores:  
de tu gracia mil loores  
conmigo viene á cantar,  
y á poner ante el Pilar,  
que le llevó á la victoria,  
cuanto de renombre y gloria  
allí logró conquistar.

—Acepto vuestras ofrendas:  
que de la paz bienhechora,  
reina del mundo y señora,  
yo soy quien trazo las sendas.  
De las civiles contiendas  
roto el ídolo en pedazos,  
del amor los dulces lazos  
que se aflojen no temáis:  
hijos míos, que me amáis,  
venid los dos á mis brazos.

FLORENCIO JARDIEL.

## IDA Y VUELTA

(Conclusión)

»Como puedes comprender, no siempre se presentan ocasiones como esta; además en casa estará como en familia.

»A pesar de los años, por este paso que doy, verás que no os olvido, pues siempre os he apreciado por vuestra honradez y laboriosidad. Con afectos á Sebastiana y chicos y en espera de contestación, se repite tuyo

Felipe.»

Acabada la carta, todos se miraron con los ojos llenos de lágrimas, como si se tratase de alguna catástrofe.

—No, lo que es eso de honraos, ya lo pué decir mi primo á boca llena,—dijo la tía Bastiana.

—Mira, mañico, no vayas,—arguyó Julia, dando cada gimoteo que hacía temblar toda la mesa.

—Pues no paice sino que se nos van á llevar á presilio á todos,—dijo el tío Ambrosio:—demasiao hace Celipe que se acuerda de nusotros; dimpués dé todo no se hará más que lo que quiera Roque.

A éste se le dió todo aquel día para deliberar.

Los primeros momentos los pasó tristes: muy tristes: después le tentó el demonio de la curiosidad. Había oído hablar de Zaragoza, que para él era un mundo todavía no descubierto. Toda su erudición acerca de este punto, se reducía á la Virgen, el Ebro, Coso, y pare usted de contar; pero esto era lo bastante. El Ebro se lo figuraba ancho, muy ancho, como un brazo de mar; y hondo, muy hondo, tanto que según él había oído decir no se sabía la hondura que alcanzaba. Pues el Pilar: el Pilar se lo figuraba inmenso, con una bóveda altísima, poco menos que las estrellas, y largo, muy largo, tanto que se perdía de vista de una punta á otra. Mira pues el Coso; por el Coso creía que un hombre, á buen andar, iba desde el amanecer, dale que dale, todo el día y á la caída del sol aun no había dado con el otro cabo de la calle.

Estas ideas suelen traer á veces los campesinos, y si no lo manifiestan es porque ellos creen que es una obligación y casi un pecado el no manifestar entusiasmo hasta por las cosas más pequeñas. Esto prueba lo grande que es el hombre, pues casi siempre encuentra las cosas más pequeñas que él se las ha podido imaginar. Roque podía ver este Zaragoza fantástico con nada más querer, con sólo bajar la cabeza, y no para un día, sino para siempre, es decir, para toda la vida.

Lo consultó con el tío Sidoró, antiguo criado de la casa, el cual le dijo: «mira, Roque, siento como hay un Dios que nos ha é juzgar el que te vayas, pa no vete en jamás de los jamases, porque tamién á los probes nus ha dao Dios una miaja de entraña; pero te aconsejo que vayas. Yo no conozco á ese señor, pero por lo visto tiene muchos posibles y á su lao serás hombre, Roque. Si yo fuera de tus años, no lo pensaba miaja.»

Roque, ante un consejo tan autorizado se acabó de decidir, y aquella misma noche notificó á sus padres su resolución. Se enterneció el tío Ambrosio, hizo pucheros la tía Bastiana y lloró á todo trapo la Julia, como si Roque hubiera sido sentenciado á muerte y le viesse ya en capilla. Tratóse al momento la cuestión de indumentaria. Por fortuna habia en Besuch un sastre que hacía vestidos para toda clase de personas, lo cual que el chico del maestro habia estrenado en aquellos dias uno como unos soles, y eso que dicho sastre cosía de oído, es decir, de afición; pero era tal el talento que tenia para la aguja que bien puedo asegurar que era un sastre de punta. Y era fama que lo que él cosía, primero se rompía por todas sus partes que por las costuras. En la cuestión de forma ni él se fijaba mucho ni tampoco sus parroquianos eran tan exigentes, pues la única observación que le hacían era esta: «miusté, le decían, tío Gacinto, lo ques menester que dure, que ya sabe su mercé que no estamos por magencias.»

El tío Gacinto fué, pues, el encargado de vestir á Roque, según la medida del chico del maestro.

Antes de ocho dias estuvo despachado el traje.

La tía Bastiana lo tomó como si fuera una reliquia y lo colocó en el arca sin desplegarlo siquiera. A Julia le pareció ver la mortaja de su hermano, y no pudo por menos de exclamar como una loca: ¡ay mañico mio, que ya no te veré más!

—Calla, mujer, calla, que demasiado tiempo te quedará pa llorar,—dijo la madre.

No parecía, desde la dichosa carta, sino que en aquella casa habia alguno de cuerpo presente.

Entretanto se habia escrito á Zaragoza, diciendo que el chico estaba en ir, y que en cuanto le terminaran el vestido que estaba mandado hacer, se pondría en camino: que de todos los modos, para antes del Pilar tendrian el gusto de abrazarse.

Estaba decidido el tío Ambrosio á acompañar á Roque, pero dió la coincidencia de que aquel año se disponian á venir á la capital de Aragón muchos de Besuch; así que lo mandó con aquel que le inspiró más confianza.

La vispera del viaje, la tía Bastiana llamó aparte á su Roque para darle algún consejo, y cuando estuvieron solos habló de esta manera: «mira, hijo mio, le dijo, no olvides los consejos

»que te va á dar tu madre, por si acaso no nos vemos más en  
»este mundo. Te encargo lo primero que vayas siempre con los  
»ojos bien abiertos, porque en esas ciudades hay mucha maldá:  
»no te pares con nadie que no conozcas, y antes de hablar, piensa  
»lo que has de decir. No quieras nada de nadie, hijo mío, lo pri-  
»mero honrao; no tienes más que paicete á tu padre que ya po-  
»día pisar oro molido, que no tocaría un alfiler. Mira, hijo mío,  
»que pa probate te dejarán dinero como si se hubiá perdido, y  
»será pa ver si tú tocas algo; tú, hijo, lo has de respetar como  
»si fuera un sagrario. Ya sabes que en esta casa, otra cosa no,  
»pero lo que es honradez y temor de Dios, tanto como la que  
»más; y por eso, gracias al Señor, hasta la hora presente nada  
»nus ha faltao. Cuida bien la ropa de tu llevar y con los primeros  
»cuartos que ganes te compras un vestido, pa que puedas mu-  
»date cada ocho días. Llevas dos pares de zapatos, que si los  
»cuidas tienes hasta el año que viene por este tiempo; tres pares  
»de medias, seis camisas, pa que te puedas mudar todos los  
»días de fiesta. Llevas también un saco, en él recoges la muda  
»para darla á lavar, cuando te lo diga el tío. A éste lo has de  
»respetar como á tus padres, ya ves el interés que se toma por  
»tí, y sin conocerte, que es más de agradecer. No vuelvas nunca  
»malas contestaciones, y como el otro: «ata el burro donde man-  
»de el amo, aunque se ahorque.» Si te portas bien para tí será  
»todo, hijo mío, porque tu madre no desea más que sacaros  
»adelante y morir después en paz de Dios como buena cristiana.  
»Aquí nacieron y murieron mis padres y aquí he nacido y mo-  
»riré yo, contenta de haber hecho lo que debe hacer toda buena  
»madre. No te hagas orgulloso, si llegas á ser un día rico: no  
»olvides nunca que te has criao entre barrancos, no siendo más  
»que un simple pastor. A ver si vas todos los días á visitar la  
»Virgen del Pilar y pides por tus padres y tus mañicos, ya  
»sabes cuánto te queremos todos. No pases pena por nosotros,  
»porque si hubiera novedá, el tío Sodoro con el macho royo,  
»en un santiamén se presentaba por tí en Zaragoza. Y buen  
»ánimo, hijo, pa todo: toma estos veintiseis reales y te los  
»guardas, sin que lo sepa nadie, tu padre ya te dará los que  
»comprenda.»

En éstas, se hizo la hora de cenar y todos se sentaron á la mesa. Se cenó poco, pero aun se habló menos: parecía la casa un convento de la trapa.

Allí estaba el tío Sodoro, echando unos lagrimones como ave-llanas, sin que su atezado rostro se contrajese en lo más mínimo. Amaba á Roque como á un hijo, le había visto nacer, había crecido á su lado como pimpollo tierno á la sombra de añejo y robusto pino; y lo que él decía: «tamién á los probes nos ha dao Dios una miája de entraña.»

A la mañana siguiente, el tío Sodoro se levantó antes de ama-

necer y se fué al campo; no se sintió con fuerzas para despedirse. Si esto sucedía al criado, calcule el lector á qué altura se encontraría la familia. ¡Quién es capaz de calcular el cariño intenso y profundo que Dios ha depositado en ciertos corazones de apariencias tal vez vulgares, pero de sentimientos nada comunes! Yo renuncio á describir la escena que tuvo lugar al día siguiente. Hay escenas cuya grandiosidad sólo son comparables con el mar. Yo he conducido al lector hasta la playa de ese océano, si alguno quiere lanzarse mar adentro y entrar en sus abismos misteriosos, libre es, yo retrocedo; esas olas hinchadas que avanzan espumosas tan llenas de amargura me imponen un silencio respetuoso al que no me es dado vencer. . . . .

Ya está Roque en Zaragoza. ¡Qué desencanto! Para él Zaragoza no es más que un Besuch grande. Más casas, más gente, más calles y más y mayores iglesias, pero nada más.

El Ebro, ¡bendito sea Dios! si casi, casi podría jurar Roque que había visto el fondo por una orilla.

El puente de piedra: ¡y quién se iba á figurar que el Ebro que él tenía en su cabeza pudiera tener puente! Miá pues el Coso: no en un día, sino en un cuarto de hora lo andaba todo y sin el menor cansancio. ¡Pues y la Virgen del Pilar!, la santa Bárbara de su pueblo era más grande, mucho más grande. La iglesia, de una punta á otra hubiera conocido uno por uno á todos sus corderos. ¡Qué desencanto!

Luego, siempre metido en casa, sin salir, más que lo estrictamente indispensable. ¡Qué hambre tenía de ver cielo, mucho cielo, ver montes altísimos cuyas crestas parecen los dedos de un gigante, indicándonos el camino de nuestra eterna dicha.

En su casa le querían hasta los animales, aquí ni aun las personas le miraban.

A sus tíos apenas si les veía más que á las horas de comer: le querían, pero su amor era superficial y de ceremonia, un amor sin raíces, amor de cabeza, en el que apenas si toma parte el corazón. Sus tíos le amaban porque comprendían que era deber suyo el quererle, basta ser sobrino: amor hijo de la reflexion, no de la espontaneidad natural que era como Roque entendía el buen querer.

Por otra parte, los dependientes vieron desde luego que el pobre Roque era materia explotable, por su sencillez y natural rusticidad. El lenguaje de Roque olía á tomillo y salvia silvestre, y los chicos todos se le reían en sus barbas con una desvergüenza criminal. No podía desplegar sus labios sin ser objeto de risas mal disimuladas y bromas humillantes. ¡Qué había de ser para aquellos salomones un chico que decía: tío Celipe, Alifonso, Gacinto, cantáro, sabána y quínque.

El corazón de Roque se secaba como tierra sin agua, abrien-

do grietas profundas, por donde veía él un abismo obscuro, muy obscuro. En el campo se hubiera tragado él media docena de aquellos bichos tísicos y cobardes que no tenían de grande más que la lengua. Pero en la ciudad estaba él como león en la jaula que pierde la natural fiereza del desierto. Los únicos ratos que pasaba algo sosegado eran de noche. Allí, solo, en su cama, se daba á pensar y, hablando consigo mismo, decía: «Roque, ¿qué es lo que has hecho? ¿quién te mandaba dejar tus corderos y tus ovejas que es para lo que Dios te había criado?» ¡Pobre Julia, mañica mía, bien decías que ya no me verías más; á este paso pronto me moriré y nadie me llorará. Todos los días pasa por la calle el carro de los muertos, el día menos pensado se asomará mi tío Celiipe al balcón y llamará al cochero diciendo: eh, que tiene V. que cargar aquí: y allá me llevarán como un saco de patatas, y aun entonces esos bestias serán capaces de despedirme con una carcajada. Pero no, yo me voy á poner malo, sea como quiera. Digo que esto no me prueba y se acabó. Pero el caso es que si digo algo, vendrán con argumentos, y como tienen tanta labia me harán quedar, y yo lo que deseo es volver, á toda costa, á mi casa, á mis montes y á mis corderos.

«Y volveré y después que truene por donde quiera.»

Y á la otra noche lo mismo, y á la otra, y á la otra y siempre. ¡Cuántas cosas se le ocurrían en la cama sobre lo que podía haber contestado á tal dependiente que le hizo la burla, ó á tal otro que se rió de sus pantalones! siempre se dormía dispuesto á romper al día siguiente; pero cuando llegaba el caso, al pobre se le hacían un bolo las palabras en el cuerpo y no sabía romper. Aquella situación tenía que acabar y acabó.

Veamos cómo.

Era día de fiesta, y aquella noche se estrenaba en el teatro Principal una zarzuela á la que habían de asistir el tío Felipe y su mujer: Roque lo supo y se dijo: esta es la mía.

La cuestión era marcharse sin que se apercibiesen de su partida, hasta que estuviese cerca del pueblo; así, si le buscaban, sería imposible que le hiciesen volver. Las nueve sería cuando los amos salieron de casa para el teatro. Roque se había acostado vestido y esperaba que todo se quedase en sosiego para llevar á cabo su proyecto. Una vez que hubo quedado todo en silencio, Roque se levantó, tomó lo más indispensable y salió de su cuarto. Atravesó un pasillo obscuro y se acercó de puntillas á la sala. Allí estaba la Casilda, criada de la casa, recostada en el sofá y descabezando el sueño, hasta la salida del teatro. Sobre el velador estaba la llave de la puerta principal. Roque parecía tener los pies de goma, entró sin respirar, tomó la llave, volvió sobre sí mismo y echó escalas abajo, buscando la puerta de aquella cárcel, donde gemía preso, como si fuera un criminal.

La Providencia parecía favorecerle.

Abrió la puerta y la volvió á cerrar con cuidado, dejando la llave á la parte de adentro. Roque fué lo primero á despedirse de la Virgen, la única persona que le quería en Zaragoza, según él decía. Cumplido este sagrado deber, se levantó, hizo la señal de la cruz, besó las rejas del santo templo y con la claridad de la luna comenzó á cruzar calles y más calles, corriendo hasta que se vió á campo raso.

¡Cómo respiró Roque bajo aquel cielo estrellado y aquellos anchísimos horizontes!

Y andaba una hora, y dos, y tres sin la menor molestia; parecía llevar alas en los talones como Mercurio.

Dale, dale, dale, eran sus piernas unas devanaderas, siempre á campo través, en línea recta, siguiendo el olor de sus montañas y de sus corderos, de sus padres y de su Julia.

La noche toca á su fin, ya viene la claridad del día, esos montes son, detrás de ellos el paraíso. Por fin, Roque pisa con su planta la cumbre aquella desde la cual se descubre su casa y heredades, y con toda la fuerza de sus pulmones cantó lo único que había aprendido en Zaragoza, de puro oírlo á los dependientes: *todo está igual, parece que fué ayer el día en que partí.....* Julia, que había salido de casa, llevando el cántaro en la cabeza para traer agua, al oír la voz de su hermano, tiró, sin darse cuenta, el cántaro, que se rompió contra las piedras, y entrando en casa como una loca todo lo alborotó con sus gritos destemplados. Levantáronse todos, salieron al encuentro de Roque, y volvieron á llorar de alegría, lo mismo ó más que habían llorado al partir de tristeza.

JUAN BUJ GARCÍA, Pbro.

---

---

## UN BESO DE FELIPE IV

### I

En la suntuosa antecámara del antiguo alcázar de Madrid, palacio y residencia de Felipe IV, hallábanse, en una mañana del año 1641, divididos en dos grupos, varios caballeros departiendo con extraordinaria viveza, y dejando á la vez traslucir su empeño en no levantar la voz y en ahogar en germen una peligrosa querrela.

Debían de ser personas de cuenta, según lo daban á entender la riqueza de sus trajes, las encomiendas y veneras que algunos llevaban al pecho, sus fieltros adornados de largas y finísimas plumas, y los cincelados y bruñidos gavilanes de sus estoques. Todos vestían de negro, como era de rigor entre los nobles para andar de día por la corte, excepto dos gallardos y apuestos

jóvenes, á quienes, por sus pocos años, sentaba bien lucir maticados trajes de espolines y gorgoranes. Sin duda eran estos mancebos el objeto de los cuidados y temores de los demás caballeros, cuando tanto procuraban en sus respectivos grupos tranquilizarlos y persuadirles de que el pequeño rozamiento y vivo diálogo que entre ambos había recientemente mediado, más era efecto de una mala inteligencia, ó de una susceptibilidad exagerada, que consecuencia de intencionado agravio con lesión y menoscabo del honor.

—Dése ya todo al olvido,—decía el insigne poeta y autor dramático D. Francisco Rojas Zorrilla al joven conde de Oropesa, que era uno de los contendientes.—Al hablar, como lo ha hecho D. Diego, de casas y de blasones, no ha pretendido obscurecer ni quitar un solo roel de vuestro escudo.

—¿Quién sabe, D. Francisco, quién sabe?... Yo he creído ver intención y mácula en sus palabras...

—La misma estrechura de la amistad que tiene con vuesa excelencia el conde de Gondomar, le pone á cubierto de recelos y sospechas.

—Dádole ha por revolver historias viejas de linajes, haciéndole enojosas comparaciones, y sepa él y sepan todos, que mi alcurnia y abolengo son tan limpios y empinados como el sol del mediodía.

—Nadie, y menos D. Diego Sarmiento, halo de poner en duda. Pero él se queja de algunas palabras de V. E. que le han parecido sobradamente altas y desentonadas...

—Desentonadas no; pero sí enteras y dignas.

—Y aún más se queja de vuestra presteza en poner la mano en el pomo de vuestro acero: que ya sabéis cuál es la ley de la espada: «*No me saques sin razón...*

—*Ni me envaines sin honor.*» Está bien. Pero yo no he desnudado el acero... y puesto que haya llevado mi mano á él, puedo aseguráros, señores, que no he reparado en ello.

—Vuestra palabra basta, que caballeros somos y no pícaros ni bellacones,—dijo terciando en el diálogo D. Bernardino de Ayala, Comendador de la Orden de Calatrava;—pero parad mientes, señor Conde, en que también vos podéis haber dado torcida interpretación á gestos y palabras del conde de Gondomar.

—Ea, pues, ceded un poco, dijo Rojas Zorrilla, y salgan deste alcázar amigos los que amigos han entrado.

—Sea en buen hora, y enderecemos la plática á otra cosa,—contestó el joven Conde al ver que se engrosaba con nuevos caballeros el corrillo;—pero tened entendido, ¡pésia tal! que yo no me abajo á nadie.

—Todo quedará concertado en su orden y punto,—dijo Rojas:—que el amor y confianza que me dispensan vuestas merce-

des, sin yo merecerlo, me dan derecho para asegurar y remachar en la cadena de la amistad estos dos eslabones que amenazaban soltarse.

—Teneis razón, replicaron todos.

—¿Y quién se atreverá á resistir,—continuó, sonriéndose, el festivo autor de «*Abre el ojo*»—al nuevo caballero del hábito de Santiago?

—En verdad,—dijeron algunos,—que con estas cosas habíamos descuidado el daros el parabién por el hábito de que os ha hecho merced con tamaño acierto el rey.

—Mil gracias; dadme los brazos.

—Ya os vais también pareciendo en el hábito como en todo á Calderón de la barca (1).

—Holgárame de que así fuese, señores; pero ¡cuerpo de mí que no me parezca á él en las cuchilladas que en el año pasado le dieron en el ensayo de *El mayor encanto, amor*, que este oficio no deja de tener sus quiebras.

—Quiebras pocas, y venturas y satisfacciones muchas,—dijo uno de los del corro.—Los autores de fama son como lucientes astros cercados de innumerables satélites de amigos y admiradores.

—¿Y cuándo nos sorprenderéis,—dijo otro,—en el corral del Príncipe ó de la Cruz con alguna invención vuestra, para aplaudir á la *Amarilis* y al *Gran Turco* (2), y ver algún encantamiento de Cosme Lotti que suspenda los sentidos?

—No son los tiempos muy á propósito para farsantes y corrales,—contestó Rojas.—Portugal levantando en hora menguada pendones por el duque de Braganza; Cataluña alzada en armas contra D. Felipe, y cada día más obstinados en su rebeldía la Diputación, los concellerses y el Consejo de Ciento de Barcelona...

—Recias desventuras son, pero no por eso hemos de desmayar como mujeres,—exclamó un gentil hombre,—ni por esas mermas de territorio es menos grande el rey nuestro señor. Bien le han comparado y le han dado por divisa un agujero con la significativa leyenda: *Cuanto más tierra se le quita más grande es*.

—¡Válate Dios! que la tal divisa es acertada é ingeniosa, pero muy ocasionada á las sátiras y burlas de los Villamedianas y Quedos,—replicó gravemente D. Jerónimo Villanueva, proto-

(1) A Calderón le había agraciado Felipe IV con el hábito de Santiago cinco años antes, es decir, en el 1636.

(2) Llamábase vulgarmente la gran sultana *Amarilis* á la cómica María de Córdoba, y el gran turco á su marido el famoso actor Andrés de la Vega. —Cosme Lotti fué un ingeniero que se distinguió mucho por sus máquinas y decoraciones escénicas.

notario de Aragón y secretario de Estado en lo referente á este reino.

—Ahora se han recibido nuevas de buenos sucesos, según los vientos que corren por Madrid,—dijo el marqués de Alconcher.

—Aguardemos un poco, señor marqués,—le interrumpió D. Jerónimo.—Plegue á Dios que se confirmen, y no sean fantasías y embelecocos de los ociosos de las gradas de San Felipe el Real ó de las Losas de palacio, como tantas veces há acontecido.

—De todos modos,—dijo el comendador de Calatrava,—fuerza es que en estos tiempos tan calamitosos, las almas sean acorazadas y no de alcorza y alfeñique.

—Y fuerza, otro sí, es,—añadió Rojas Zorrilla intencionadamente al ver que los del otro círculo se iban fundiendo en el suyo —que los grandes y caballeros no tengan más que un corazón en que no hagan mella los tiros del amor propio y de la envenenada discordia... Pero ¿qué grupo es ese que penetra en la antecámara?...

—¡Oh, pecador de mí, si ya lo había olvidado!...—contestóle el protonotario de Aragón, mirando hacia aquella parte,—es que el rey para dar satisfacción á su piedad ha mandado venir á palacio á Miguel Pellicer, el cojo, ó por decir mejor, el excojo de Calanda.

—¿El del milagro de la Virgen del Pilar?—exclamaron todos.

—El mismo; que viene acompañado, entre otros, del arcediano de Zaragoza, D. Miguel Francés de Urritigoiti, hermano del barón de Montevila, del caudillo de los aragoneses en la rota de Condé, delante de Fuenterrabía.

—¡Qué ventura! vamos allá, á oír á Pellicer;—prorrumpieron los caballeros á coro, viendo que éste se detenía con sus acompañantes en un ángulo de la entrada:—gran dicha ha sido nuestra encontralle y conocelle.

## II

—¿Conque vuesa merced es el mozo del milagro?... y ésta es la pierna que os devolvió la Santísima Virgen?... ¿cuáles?... la derecha?... ¿os ha quedado la señal de la cisura?... Estas y otras parecidas eran las preguntas que atropelladamente dirigían momentos después á Pellicer los caballeros que en derredor suyo se apiñaron.

—Esta es,—decía él, no poco atolondrado y golpeando con la mano la pantorrilla derecha,—esta es la misma que me restituyó la Santísima Virgen del Pilar, y que estaba enterrada en el cementerio del Hospital de Zaragoza.

—Y ¿cuánto tiempo estuvisteis privado de ella?

—Cerca de dos años y medio, porque me la cortaron á últimos de Octubre del 37 (1637) y la Virgen me la devolvió á fines de Marzo del año pasado.

—¿Y cómo sabe vuesa merced que esa pierna es la misma que perdió?

—¿Pues de quién había de ser? Además, que aun lleva la señal de un mal grano que en tiempos padeci, y otras dos de rasguños ó arañadas de los romeros del monte.

—¿Y sus paisanos de Calanda, —le preguntó Rojas, —han dado crédito á tan estupenda maravilla? Porque, á fe mía, que es un suceso que no tiene igual de luengos tiempos acá, ni quizás lo tenga en los venideros.

—Sus paisanos, lejos de dudar, están ahora levantando una capilla en el mismo lugar en que aconteció el milagro—repuso D. Jerónimo Villanueva, el protonotario de Aragón.—Estoy muy informado de todo esto, tanto más cuanto que la villa de Calanda es de la orden de Calatrava, á la cual me glorió de pertenecer. Pero ruego á todas vuestas mercedes que dejen hacer su relato á este afortunado mozo, que se han de holgar mucho dello.

—Sí, sí; que comience, dijeron todos.

—Yo soy hijo de padres labradores y buenos cristianos,—empezó á decir Miguel Pellicer;—(1) y teniendo diez y nueve años y medio, poco más ó menos, salí de Calanda, lugar de mi nacimiento, y fui á Castellón de la Plana en el reino de Valencia, donde encontré ayuda y trabajo con mi oficio de labrador, en casa de mi tío Jaime Blasco. Al poco tiempo, llevando un chiriñón con dos mulas cargado de cuatro cahices de trigo, hete aquí que, cuando menos me cato, caigo de la mula en que iba, y me pasa una rueda sobre la canilla de la pierna derecha, quedando ésta quebrada y rota por medio, como la voz común y fama pública lo ha pregonado por todas partes. Lleváronme muy mal parado al Hospital de Valencia, y aplicáronme sin provecho varios remedios, hasta que, pidiéndolo yo, los Regidores de aquella Casa me remitieron con pasaporte, de lugar en lugar y de limosna, al hospital general de Nuestra Señora de Gracia, de Zaragoza. Llegué á esta ciudad, Dios sabe con cuantos trabajos, y queriendo estar aparejado para todo lo que me viniera, de camino fui antes de entrar en el hospital, á confesarme y comulgar en el templo de Ntra. Sra. del Pilar, á la que siempre había tenido grandísima devoción. Pusiéronme en la cuadra de calenturas, y después en la de cirugía de San Miguel, y allí estuve casi todo el Octubre de 1637, hasta que, visto por los cirujanos del hospital que cada día tenía la pierna más dañada y negra determinaron de cortármela, lo que hizo por cuatro dedos debajo de

(1) Toda esta relación es exacta y rigurosamente histórica aun en sus más insignificantes pormenores.

la rodilla D. Juan de Estanga, encomendándome yo muy de veras á Ntra. Sra. del Pilar, en cuyo auxilio tenía puesta mi confianza. Cuando pude, medio arrastrando y de rodillas, fui á la iglesia y capilla de la Virgen Santísima para darle gracias por haber quedado con vida, y suplicarle que me quitara los dolores que aun sufría y fortificara la parte resentida, para poder vivir con mi trabajo. Algo mejor, pero siempre con dolores, y andando con una pierna de palo ayudándome con muleta, estuve más de dos años en Zaragoza. De cuando en cuando me untaba donde me dolía con el aceite de las lámparas que ardían delante de la Virgen del Pilar, y puesto que me dijeron que esto podía perjudicarme, no hacía caso. A primeros de Marzo del año pasado, á trueco de ver á mis padres y vivir con ellos, me puse en camino con harta pena para Calanda; hallándome en su compañía, cuando sucedió el milagro.

—En Zaragoza tengo entendido,—le dijo uno de los caballeros,—que pediais en la puerta de la Iglesia del Pilar.

—Así es; y no lo he callado por correrme, que más vale vergüenza en cara que mancilla en corazón, sino por no cansar demasiado á vuestras mercedes. Unos días pedía en las mismas puertas, y otros en el interior, junto á la capilla de Ntra. Sra. de la Esperanza, donde acostumbran estar los pobres.

—Mil veces le he visto yo,—dijo el arcediano D. Miguel Francés de Urritigoiti,—y no hay nadie que no le conozca en Zaragoza; sobre todo, los que le trataron en el hospital, el clero de Nuestra Señora del Pilar, y los arrieros y trajinantes que se hospedaban en el *Mesón de las Tablas* de Juan de Mazas, donde solía Pellicer pernoctar por cuatro dineros.

—Si no era cuando no los tenía, señor arcediano, que entonces me veía precisado á acostarme en un banco del patio del hospital. Pero tornaré á atar el hilo de mi historia, con licencia de vuestras mercedes.

—Proseguid, proseguid;—exclamaron varios, interesados vivamente en el relato.

—Pues bien; estando con mis padres, y para ayudar á mantenerlos, iba con una jumentilla por los lugares convecinos á pedir limosna á cuantos topaba, por el amor de Dios y de su Santísima Madre. Quizás la Virgen tuvo en cuenta este afecto á mis ancianos padres, junto con la devoción que la tenía, para devolverme mi perdida pierna. Un día, el 29 de Marzo del año pasado, teníamos alojado en casa un soldado de á caballo, de dos compañías que habían entrado en la villa.

(Concluirá).

---